

ETICA Y ONTOLOGIA

ALEJANDRO ROSAS*

RESUMEN

Este texto fue originalmente leído como ponencia bajo el título de "Ética escéptica" en el Primer Foro de Profesores de la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana, realizado en septiembre de 1991. Su propósito es explicitar que la raíz de la confrontación entre las éticas contemporáneas de corte escéptico y las éticas clásicas está en la ontología. John Leslie Mackie sirvió como testigo privilegiado de esta confrontación, pues a diferencia de los autores analíticos contemporáneos, Mackie es consciente de que el análisis semántico no es necesariamente una vía adecuada para decidir los problemas ontológicos que subyacen a la ética. En especial he querido mostrar, apoyándome en Mackie, que el rechazo o la aceptación del dualismo ontológico constituye la diferencia radical entre los distintos estilos de fundamentación de la ética.

* Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia

INTRODUCCIÓN

El propósito de mi exposición es tratar un aspecto fundamental del enfoque escéptico o empirista de la ética según John Leslie Mackie.¹ Dentro de la discusión ética propia de la escena analítico-empirista de la filosofía lo distintivo del enfoque de Mackie es el énfasis que él pone en la cuestión ontológica como la cuestión central del problema de la fundamentación de la ética. Esto le permite a Mackie entrar en un diálogo muy franco y directo con las éticas clásicas -tipo Platón, Kant e incluso Aristóteles- pues el enfrentamiento entre dichas éticas y la ética escéptica empirista tiene su raíz en la ontología.

Mi exposición tiene tres partes: en la primera quiero explicar cómo fundamenta Mackie la centralidad de la cuestión ontológica frente al uso dominante hoy entre autores analíticos, de poner cuestiones de la semántica y de la lógica del lenguaje moral en el centro de la discusión sobre la fundamentación de las normas morales. En segundo lugar quiero exponer brevemente cómo se plantea y a qué dificultades se enfrenta hoy la cuestión ontológica en la filosofía. Finalmente, reseñaré -también brevemente- la posición ontológica de Mackie y explicaré de qué manera es posible en base a ella una fundamentación de la ética.

CUESTIÓN ONTOLÓGICA Y CUESTIÓN SEMÁNTICA

Muchos autores dentro de la corriente analítica de pensamiento consideran que la tesis de la existencia objetiva de los valores es o bien una tesis trivialmente falsa o bien una tesis carente de sentido. Su falsedad o su falta de sentido se derivan directamente de un análisis correcto del significado o la función del lenguaje moral. Según estos autores, las evaluaciones morales expresan simplemente actitudes o preferencias subjetivas. Y si analizáramos los juicios morales como señalando alguna propiedad de las cosas, entonces se trataría sólo de propiedades naturales, consideradas en cuanto capaces de satisfacer nuestros deseos, preferencias o intereses. Según estas teorías

1 MACKIE, J.L. : *Ethics. Investing Right and Wrong*, London 1977.

semánticas, el lenguaje moral nos estaría ya de por sí mostrando que no existen valores ontológicamente independientes de nuestros intereses y preferencias subjetivas.

Frente a esta posición, Mackie expresa su discrepancia abogando por una distinción de principio entre cuestiones ontológicas o de hecho, y cuestiones de la semántica o del uso ordinario del lenguaje. No hacer esta distinción, implicaría creer que el sentido común, que se expresa en el uso ordinario del lenguaje, no puede equivocarse respecto a cómo sean las cosas. Pero entonces toda investigación experimental sería en principio superflua. La ciencia no podría revelarnos nada que no nos dijese ya nuestro sentido común. Pero es claro que esto no es así, pues la cuestión, por ejemplo, de si los colores son una propiedad de la superficie de las cosas o si son "cualidades secundarias" -como las llamó Locke- es una cuestión que debe decidirse experimentalmente, investigando los hechos, y no simplemente investigando como usamos ordinariamente las palabras que expresan colores.

Suponiendo que el análisis subjetivista del lenguaje moral sea correcto, de ello sólo se seguiría que ordinariamente no tenemos conciencia o no creemos en la existencia objetiva de los valores. Pero es posible que una investigación más minuciosa de los hechos nos mostrase que estamos en un error. Sin embargo, hay razones fuertes para pensar que el análisis subjetivista del significado del lenguaje moral no logra capturar el uso convencional o estándar del mismo. El sentido común parece referirse a valores objetivamente existentes cuando realiza juicios morales. No es plausible sostener que la tesis de la existencia objetiva de los valores sea un invento de algunos filósofos. Ellos han pretendido más bien recoger una creencia común y darle un fundamento filosófico. Esto vale tanto de la idea del imperativo categórico, que Kant creyó encontrar en el significado de los juicios morales ordinarios, como de la idea de Moore de que la bondad es una propiedad indefinible (simple) y no natural de las cosas.

Si las teorías éticas de éstos y otros autores clásicos recogen la creencia común en la existencia objetiva de los valores, no puede entonces afirmarse que sean teorías trivialmente falsas o carentes de sentido. Por el contrario, un análisis correcto de nuestro uso ordinario del lenguaje moral debe revelar que la creencia en la existencia objetiva de los valores es tan común, que se ha convertido en parte del significado de dicho lenguaje. Pero, por otro lado, mostrar que la creencia en la objetividad de los valores sí tiene sentido, no es lo mismo que mostrar que ella es verdadera. La pretensión de objetividad que contengan nuestros usos lingüísticos no se autovalida.. La cuestión de su verdad o falsedad es una cuestión de hecho y debe decidirse al nivel de los hechos, es decir, a nivel ontológico.

En resumen, si bien Mackie comparte con muchas éticas analíticas contemporáneas el escepticismo respecto de los valores, considera en cambio que un mero análisis semántico no puede fundamentar el escepticismo ni mostrar tampoco que la tesis de la existencia objetiva de los valores sea trivialmente falsa. Mackie toma en serio la creencia común en la objetividad de los valores y sus expresiones filosóficas clásicas, y se enfrenta a ellas cuestionando los presupuestos ontológicos del subjetivismo moral.

ONTOLOGÍA, EMPIRISMO Y CIENCIA

Si el problema de la objetividad o no-objetividad de los valores es una cuestión ontológica que no se identifica con la cuestión semántica ni puede resolverse por intermedio de ella, ¿en qué consiste exactamente esta cuestión ontológica y cómo puede resolverse?. Con esta pregunta entramos a la segunda parte de mi exposición, y creo que no exagero si comienzo diciendo que la ontología es hoy uno de los asuntos más problemáticos, si no el más problemático, de la filosofía. La ontología trata de las categorías generales que nos informan sobre la estructura básica de la realidad, es decir, nos da una clasificación de los tipos de cosas y de propiedades en las que consiste la realidad considerada en general. A partir de la época moderna, la ontología se vuelve peculiarmente problemática debido a los ataques empiristas contra ciertas categorías ontológicas de la filosofía clásica: por ejemplo contra las categorías de sustancia, esencia, espíritu, finalidad, libertad. La crítica empirista se sintió en gran medida respaldada por las hipótesis ontológicas de la física moderna. Sin embargo, los empiristas extendieron su crítica a categorías esenciales incluso para esta última, como por ejemplo a las categorías de cosa material, causalidad y necesidad natural.

En los sectores empiristas moderados de la escena filosófica contemporánea, domina en cambio el propósito de evitar los excesos que se han cometido en nombre del criterio empirista del significado. Entre estos excesos puede citarse el intento de Carnap de reconstruir el lenguaje de la ciencia natural a partir de un lenguaje que se refiera únicamente a una ontología de puras impresiones sensibles ubicadas en coordenadas espacio-temporales, (en su libro *La estructura lógica del mundo*). Pero el reconocimiento de que el empirismo ha incurrido en excesos, no es obstáculo para seguir respetando su legítima función crítica. Detrás del empirismo hay un afán constructivo de claridad y simplicidad cuya seriedad intelectual no está en cuestión. El afán de claridad lleva a la simplificación ontológica, si bien es cierto que no

toda simplificación o reducción ontológica es viable, como lo demuestra el intento fracasado de Carnap.

Puede decirse que no hay todavía acuerdo sobre si el empirismo conlleva compromisos ontológicos claramente delimitados. La atmósfera filosófica está dominada por una cautela que se expresa en la sospecha respecto de toda afirmación ontológica de carácter necesario. Esta cautela se acompaña de la decisión filosófica de ir aceptando, provisionalmente, aquella ontología presupuesta por la ciencia del momento o por las tendencias científicas más promisorias del momento. Se ha delegado en la ciencia, o en última instancia, en el método científico, el poder de decidir sobre cuestiones ontológicas.

Esta actitud favorece, en el estado actual de nuestra ciencia, los enfoques materialistas de la naturaleza humana. Creo incluso que han pasado los tiempos en que nuestra "sana intuición" se resistía categóricamente a una explicación exclusivamente materialista de lo humano. Los avances científicos en genética y la investigación en el campo de la inteligencia artificial han debilitado esta resistencia intuitiva, que hoy tiende a explicarse como la expresión de los límites del saber de una época. La vieja tesis filosófica según la cual el pensamiento no puede ser explicado materialmente, es considerada en amplios sectores de la filosofía como un prejuicio sin fundamento. Contra ella se vienen realizando en la escena analítico-empirista de la filosofía esfuerzos sostenidos por elaborar teorías materialistas de lo mental. No todas estas teorías son igualmente radicales en su reduccionismo, pero todas tienen por principio evitar el dualismo ontológico de entidades materiales y entidades inmateriales como dos tipos de entidades opuestas, sometidas a leyes diferentes y que incluso se enfrentarían la una a la otra disputándose la conducción del comportamiento humano. El principio de evitar el dualismo y sus consecuencias éticas son comunes a las distintas teorías materialistas y es sobre este suelo común, sin verse obligado a discutir diferencias de detalle, sobre el que Mackie construye su ética escéptica.

ÉTICA SIN DUALISMO

Con esto entramos al tercer punto: reseñar brevemente la posición ontológica de Mackie y explicar en qué sentido es posible una ética desde esta posición.

En cuanto a la ética, los compromisos ontológicos de los enfoques materialistas de lo mental no son en principio diferentes de los que ya

se habían adoptado en el empirismo clásico. Ya Hume había negado la existencia objetiva de valores como propiedades peculiares, no fundamentadas en nuestros deseos, pasiones, inclinaciones o intereses subjetivos. Esto lo expresó diciendo que la razón no tiene de suyo el poder de influir sobre nuestra conducta como un motivo. Los únicos motivos de la acción los constituyen razones que se derivan de nuestros deseos inclinaciones o intereses subjetivos. Mackie retoma esta tesis escéptica de Hume y la desarrolla originalmente, contrastándola con los tres postulados teóricos, que según Mackie están sistemáticamente vinculados en toda tesis objetivista sobre los valores.

1 El postulado de la existencia objetiva de valores, como propiedades peculiares de las cosas, diferentes de las propiedades naturales que despiertan nuestros deseos e intereses; peculiares por su capacidad para influir sobre nuestra conducta independientemente e incluso en contra de nuestros deseos, intereses o fines subjetivos.

2 La postulación de una facultad peculiar de intuición de dichos valores, facultad completamente diferente de los modos ordinarios en que conocemos todas las demás cosas.

3 El postulado de un Yo metafísico, sujeto de la intuición de los valores y de la conducta propiamente moral, conducta que sería diferente de la conducta natural guiada por deseos, intereses y fines subjetivos y en cuya posibilidad radica lo que propiamente se denomina libertad metafísica.

Mediante la explicitación de estos tres postulados del objetivismo moral, logra Mackie al mismo tiempo señalar el presupuesto ontológico gracias al cual los tres están sistemáticamente vinculados. El presupuesto es un dualismo ontológico del tipo que los enfoques materialistas quieren excluir por su incompatibilidad con las hipótesis fundamentales de la ciencia natural. El rechazo de este dualismo es probablemente la mejor caracterización de la posición ontológica de Mackie. El compromiso ontológico dualista de las éticas objetivistas se nota claramente en éticas del tipo platónico o kantiano. La dualidad del mundo sensible y el mundo inteligible, típica de ambos autores, da un fundamento ontológico a la existencia de esas entidades peculiares que son los valores y a la existencia de un Yo metafísico, no sometido a las leyes de la naturaleza. Las formas platónicas son un ejemplo claro y dramático de lo que serían valores objetivos, mientras que el Yo *noumenal* kantiano, el carácter inteligible situado fuera del mundo espacio-temporal, es un ejemplo claro del Yo metafísico libre de las leyes de la naturaleza.

Por medio de esta demarcación frente al dualismo ontológico propio de las éticas objetivistas queda la posición ontológica de Mackie claramente delimitada. Resta ahora ver cómo es posible desde esta posición una fundamentación de la ética.

Conviene comenzar diciendo que quien tome una posición escéptica en ética -como lo hace Mackie- no puede ofrecer lo que propiamente se denomina una fundamentación. La idea de fundamentación está por tradición estrechamente ligada a la demostración de la existencia objetiva de los valores. Lo que un escéptico puede ofrecer a cambio es una explicación de tipo naturalista del fenómeno moral. Así como las ciencias naturales explican fenómenos naturales señalando sus causas, así también un escéptico en ética puede señalar los factores que han condicionado el surgimiento del fenómeno moral, o dicho de otra manera, que han hecho necesario dicho surgimiento. Esta actitud explicativa naturalista frente a la moral está representada en la tradición filosófica por autores como Protágoras, Hobbes y Hume.

Estos autores han llamado la atención sobre factores que conciernen a la naturaleza misma del ser humano y a circunstancias externas de su entorno, que sirven para explicar el nacimiento del fenómeno de la moral. Pese a pequeñas diferencias en el detalle, todos ellos concuerdan en principio en señalar dos factores fundamentales: por un lado la limitación de los recursos disponibles para la conservación de la especie, y por otro lado el carácter limitado de la simpatía existente entre los distintos individuos de la especie. Estos dos factores juntos dan lugar a que en la lucha por la existencia predominen la competencia y el conflicto por sobre la cooperación. Los individuos cooperan por naturaleza en un círculo reducido, a saber en el círculo que coincide con la extensión de sus simpatías. Más allá de este reducido círculo de simpatías reina la competencia y el conflicto. A esta limitada capacidad humana para la simpatía se la denomina también *altruismo autorreferencial*. Con ello se quiere indicar que la simpatía está en función del egoísmo: nos interesamos por el bienestar de nuestros semejantes, cuando su bienestar repercute de alguna forma en el nuestro.

La capacidad limitada para la simpatía, o dicho de otro modo, el egoísmo humano, es lo que ocasiona que en los asuntos humanos sean frecuentes los desenlaces negativos, en el sentido de que los deseos, necesidades e intereses de los distintos individuos no encuentran siempre satisfacción, sino a menudo frustración. La moral surge pues por la necesidad de contrarrestar las frustraciones en los asuntos humanos, contrarrestando la limitación de la simpatía que está al origen de estas frustraciones. Para sobrevivir y elevar su vida a niveles

satisfactorios, el ser humano necesita cooperar más allá de los límites impuestos por su limitada capacidad para la simpatía. La moral tiene precisamente la función de hacer posible esta extensión de la cooperación más allá de las simpatías inmediatas.

Con esto no quiero decir que el reconocimiento de la realidad del egoísmo sea privativo de la ética escéptica. También la ética objetivista puede reconocer su realidad y lo hace. Pero el papel que desempeña el egoísmo en ambas éticas es completamente diferente. Para la ética objetivista el egoísmo no tiene otro papel que el de obstaculizar la vida moral. La vida moral se da por la percepción de los valores objetivos y por el sometimiento de la conducta a los mismos, siendo ambas cosas -percepción y sometimiento- posibles, gracias a la existencia de una dimensión ontológica distinta a la que corresponde a la vida natural. En esta concepción de la ética el egoísmo es tan sólo obstáculo para la vida moral. En la concepción escéptica en cambio, el egoísmo juega un papel muy importante, un papel explicativo del fenómeno moral. Dado que según la ética escéptica toda atribución de valor depende de nuestros deseos, inclinaciones e intereses. No existen los llamados valores objetivos. Tampoco existe un Yo metafísico capaz de intuirlos y de ajustar su conducta a ellos. La ética escéptica no recurre a ninguno de los elementos ontológicos que postula la ética objetivista para fundamentar o explicar la moral. Ella da en cambio una explicación de tipo naturalista, y en esta explicación le toca al egoísmo precisamente jugar el rol clave.

La experiencia enseña a los seres humanos que su egoísmo les lleva con frecuencia a desenlaces frustrantes en sus asuntos. Como consecuencia, los seres humanos se ponen de acuerdo para limitar (no para eliminar del todo) su egoísmo. La comprensión de la necesidad de poner límites al egoísmo da origen a los acuerdos sobre normas de conducta, obligatorias por igual para todos los participantes en el acuerdo. Estos acuerdos son la base de la ética escéptica.

Aparentemente, en esta explicación escéptica del surgimiento de la moral, el egoísmo juega sólo el papel negativo de traer consecuencias frustrantes, consecuencias que los seres humanos procuran evitar inventando el acuerdo sobre normas de comportamiento. Pero este es solamente un aspecto del papel explicativo del egoísmo en la génesis de la moral. ¿Pues cuál es en realidad el móvil que lleva a los seres humanos a querer evitar las consecuencias, frustrantes del egoísmo? El móvil es la preocupación por el propio bienestar, es decir, es el egoísmo mismo el que se autolimita. Esto puede expresarse diciendo que el cálculo racional egoísta de los intereses de largo plazo lleva a limitar los impulsos del egoísmo inmediato.

Para terminar, quiero destacar que en la concepción escéptica de la ética, la fundamentación desaparece para dar lugar a la explicación. La pregunta ¿Cómo es posible la moral? no se responde mostrando la existencia objetiva de los valores y fundamentando nuestro acceso cognitivo a ellos. Más bien se da una explicación positiva de la génesis del fenómeno moral. Esto implica que la ética escéptica no reconoce la diferencia entre una moral positiva y una moral natural (o un derecho positivo y un derecho natural). Sin embargo, el sentido de justicia, que esta diferencia quiere poner a salvo frente a normas positivas sentidas como injustas, está también puesto a salvo en la ética escéptica: la explicación escéptica del surgimiento de las normas morales implica que únicamente aquellos sistemas de normas en donde se respetan simétricamente todos los intereses tienen perspectivas reales de sobrevivencia.

